

# Giordano Bruno, forastero en el universo

Laura Vit

En nueve jornadas llegó a Lerici donde se embarcó hacia Génova. Escogió un barco ancho, mangudo, de tres palos con velas cangrejas que estaba a punto de zarpar. Subió y esperó a que terminaran de calarlo con ánforas de aceite. Era su primer viaje por mar. Hasta entonces había caminado alejándose de su convento y embarcarse era un acto definitivo que le hacía encarar la trascendencia de su decisión.

La silueta azulada de las montañas empezó a confundirse con el cielo a medida que la nave se alejaba. Los acantilados ya no estaban a sus pies, sino a la distancia. Era como estar del otro lado del espejo.

El movimiento lo empezó a marear y fijó la mirada en sus manos en busca de estabilidad.

—El viaje será lento—le dijo el capitán desde el puente. Iremos bordeando la costa para no encontrarnos con los piratas, pero si los hallamos, habremos de varar el navío en la playa o de estrellarlo contra las rocas. Todo antes que entregarles nuestras mercancías. Más vale que estés preparado.

Al volver la mirada a la palma de sus manos Giordano se preguntó si su destino sería morir por defender unas vasijas de aceite.



La travesía se alargó aún más por los trueques que hacían en cada puerto. Aceite por vino, granos por especias, jarcias por lana. El anhelo de poseer lo ajeno era el principio de aquel comercio.

Al fin, el 15 de abril, domingo de ramos, avistaron el faro.

Génova le desagradó de inmediato. La ciudad parecía desplomarse sobre la media luna de la bahía, produciendo una sensación de agobio. Era el puerto más sucio que hubiera visto, atestado de embarcaciones: viejos barcos de velamen latino, galeras que se desplazaban a golpe de remo, bergantines, fragatas, urques. Fondeados en un extremo de la bahía los galeones españoles que viera por primera vez en Nápoles. Se alejó del muelle y de su olor a aceite rancio, a toneles fermentando, alquitrán y pescado podrido. En las primeras calles percibió otro olor, un miasma dulzón que se adhería a la piel. Pasos adelante se sobresaltó al ver salir de entre una pila de ratas muertas a una que, vacilante, se escurrió por debajo de una puerta cercana. Deambuló por un barrio que contrastaba por su soledad con el bullicio del puerto. No había a quién preguntarle por el convento

Laura Vit estudió en la Facultad de Ciencias de la UNAM. Durante una estancia en Londres fue inclinándose cada vez más hacia la literatura y una vez en México, en el Centro de Enseñanza para Extranjeros, empezó a escribir, guiada por Felipe Garrido. Apasionada por la figura de Giordano Bruno, comenzó una novela con este personaje como figura central.

de su orden. Lo encontró al azar. En la puerta faltaban los adornos tradicionales de esa fecha, sin embargo la parroquia estaba ocupada en su totalidad. Al pie del altar, el párroco vociferaba:

—¡Arrepentirse, arrodillarse y rezar es el camino para evitar la enfermedad! ¡Venid, besad la bendita reliquia! Ésta es la cola de aquella burra que fue digna de llevar a Nuestro Señor desde el Monte de los Olivos hasta Jerusalén. ¡Adoradla! Besadla, ofrecedle limosna.

*Centuplum accipietis, et vitam aeternam possidebitis.*

¡Arrepentíos, irredentos! Depositad una limosna.

La gente se arremolinaba alrededor de la urna que guardaba la cola del animal, mientras el cura con la alcancía extendida continuaba con el exhorto.

De esa manera Giordano supo que la peste asolaba Génova.

La indignación lo hizo salir. Le parecía inconcebible que sus hermanos de orden engañaran así a un gentío aterrado por la plaga, que les hicieran creer que la salvación estaba en un pedazo de animal que de seguro cambiaban de vez en cuando. Eso era lo que aborrecía de la Iglesia. La simulación, la mentira y el despojo que hacían

a los ignorantes. Desechó la idea de pedir albergue en el convento dominico y se convenció de que huir de San Domenico Maggiore no había sido un desacierto.

Se alejó de prisa y subió por una callejuela hasta una plaza, bajó por otra que lo llevó de nuevo al puerto y de nuevo volvió a subir. Cansado de andar sin rumbo fijo llamó a la puerta de una hostería.

—¿Quién eres? —preguntó una voz.

—Giordano de Nola, busco alojamiento.

La puerta se abrió otro poco.

—¿De dónde vienes?

—De Roma.

—¿Estás enfermo?

—No.

El postigo se abrió lentamente y apareció una joven de grandes ojos color avellana.

—¿Tienes un cuarto libre?

—La casa está vacía, nadie ha venido buscando hospedaje. Eres el primero en varias semanas. ¿Estás contagiado?

—No, ya te lo dije.

Como no se apartara del dintel, la rozó levemente al entrar. A su paso, la muchacha se santiguó con un saquito de piel que pendía de su cuello.

Giordano se volvió a verla con curiosidad.

—Es un tahlil, me lo regaló un moro que pasó por aquí. Aquí llevo un párrafo del Corán y varios amuletos que me guardan de todo mal. Le pedí que me proteja del castigo por haberte dejado entrar.

—Si prefieres me voy...

—No, quédate. Así no estaré sola.

Al hablar movía las manos emitiendo un alegre tintineo.

—Éstas me las puso mi abuela —dijo mostrándole la ristra de campanitas de plata que le adornaban las muñecas—, la alegría del sonido evita que la enfermedad anide en esta casa. Me llamo Rosanna, dime otra vez cómo te llamas.

—Giordano.

—Ven, te enseñaré el cuarto. Ten cuidado, la escalera es muy estrecha.

Había una armonía singular en aquella joven. Al ver los finos tobillos que subían delante de él sintió el mismo placer que experimentaba frente a un poema de métrica perfecta.

La habitación era pequeña y desde la ventana se veía el puerto.

—No tiene estufa, pero en la noche te traeré piedras calientes.

—Prefiero el frío.

—En la madrugada me pedirás calor, ya lo verás —dijo con una sonrisa.

Giordano se percató de que hacía tiempo que no estaba cerca de una mujer; había olvidado el bienestar que procuraba esa proximidad.

—En un rato volveré con unas velas —dijo al salir de la habitación caminando hacia atrás.

Giordano dejó su talego sobre la mesa, se acercó a la ventana para ver el movimiento de los barcos. Más allá el faro que guardaba la bahía. El fuego que le daba vida se fue haciendo más evidente conforme oscureció a su alrededor.

Rosanna volvió con dos bujías encendidas y la habitación se llenó de luz.

—Para que alumbres tu noche oscura —diciendo esto se acercó a Giordano y le susurró al oído. La peste acecha en el dintel de la puerta, si lo atraviesas de espaldas logras confundirla porque no distingue si vas o vienes y termina yéndose por donde vino. Si entro así a tu cuarto, te protejo del mal.

Estaban tan cerca que Giordano percibió un aroma muy tenue.

—¿A qué hueles? —le preguntó acercándose un poco más.

—A hierbas —contestó sacando de entre sus senos otra pequeña bolsa con la que le rozó los

labios—, las llamamos consoladoras. Son plantas femeninas consagradas a Venus y a Saturno. La belladona además de ahuyentar las enfermedades es la domaveneno; el jacinto lo uso por su dulzura, me protege y me da felicidad, pero el más importante es el beleño. El hombre que me ame, deberá sostener en la mano este ramito al amanecer, cuando esté desnudo en mi lecho.

La miró con detenimiento tratando de dilucidar si era ingenua o provocativa, y optó por atribuirle candor.

—¿Cuándo llegó la peste a Génova? —le preguntó pensando cómo sería ese hombre que la iba a amar.

—Apareció durante los calores del verano— contestó mientras sacaba de un armario las mantas para arreglar la cama—, dicen que llegó de Asia, en un barco cargado de seda. La muerte del primero fue tan rápida que no se dio cuenta de que moría.

Los movimientos de la joven eran pausados y precisos. Cada vez que se inclinaba, él entreveía sus rotundos senos y ella, al levantarse, le sonreía.

—Mi abuela no me deja comer mucho, dice que a la enfermedad le gusta la grasa. La verdad es que los gordos mueren más fácilmente. La mujer del carnicero sólo resistió dos días. Cuando la fui a ver sus pechos ya eran como amapolas moradas. A poco que a su hijo le reventaron las bubas fui a ponerle cieno armenio, pero ya no

sirvió de nada. Al principio los frailes ayudaban a los enfermos, pero cuando se extendió la epidemia cerraron las puertas de las iglesias y la gente volvió a la medicina al revés.

—Nunca había oído de ella.

—Es una vieja costumbre que más vale no practicar. El enfermo se toma un poderoso veneno, invoca al diablo para que él con sus poderes transforme los venenos en medicinas. Si Lucifer los cura, se apodera de su alma. Tampoco es tan grave que no acuda al llamado porque esos venenos entran al cuerpo por medio del ensueño y el olvido y en poco tiempo el enfermo muere tranquilamente.

—¿Y dónde está esa abuela de la que tanto hablas?

—Hace dos días que salió a recoger sus plantas.

—Lo que hacen es peligroso, podrían acusarlas de brujería.

—¿Quién lo haría? Las leyes humanas han enmudecido; los muertos tampoco hablan, y los que no están enfermos saben que llegado el momento seremos nosotras las que iremos a socorrerlos.

—Y si enfermaras...

—No le temo a la muerte. La existencia va más allá.

De nuevo le rozó los labios con sus atados de hierbas y en medio del tintineo salió del cuarto caminando hacia atrás. ①

